

quiéres. En un segundo desaparecieron sus dudas, su resolución hubo de afirmarse, y dirigiéndose á la mujer le interrogó :

— ¿Soy yo la que usted busca?

— Sí, señora; ¿pero dónde está la carta que debe usted enseñarme?

— Aquí está.

La mujer la tomó, guardóla en su bolsillo y agregó :

— Entonces, señora, si usted quiere acompañarme, estamos á dos pasos; se le espera.

Elena accedió con un signo, y sin más observación siguió á la mujer.

II

Hacía un año que aquella misma que preocupaba tanto á la señora de Prévinquières, se le había revelado á Santiago. En compañía de su amigo Mauricio Dauziat había pasado una temporada en Granville, con propósito de reponerse de un invierno un poco agitado. Al principio habían vivido algo retirados en una casita de campo al pie del castillo de aquel punto; Santiago leía ó fumaba viendo pasar las blancas velas de los barcos que regresaban de la pesca, y Mauricio, trabajando con ardor en su novela anual, empezaba á bosquejar las primeras escenas de una pieza que destinaba al teatro de la Comedia Francesa. Á las cinco se dirigían al puerto y paseaban delante de los buques, aspirando el fuerte olor de la brea y del salitre, regresando á comer á las siete y media y terminando la velada cuando ha-

cía buen tiempo, sobre la terraza, casi sin hablar, acostándose cansados y abatidos por el aire libre y fuerte de la mar.

Seis semanas habían pasado en esta vida dichosa y tranquila, cuando un día mientras paseaban lentamente y sin rumbo cerca del faro, se vieron sorprendidos por la llegada de una señora vestida con un traje color gris, con un ancho sombrero negro y acompañada por un perrito que marchaba al alegre compás de los cascabeles de plata de su collar.

Caminaba con tal gracia y ligereza, con tal elegancia, que los dos amigos se miraron á la vez, y así que hubo pasado la siguieron con los ojos, hasta que Santiago exclamó :

— ¡Qué mujer tan encantadora! Es esta la primera vez que se le ve por aquí, ¿no es verdad?

— Es la primera, refunfuñó Dauziat, arrugando el ceño.

— ¿Por qué hablas entre dientes? preguntó Santiago.

— Es porque viene á intranquilizarme. Para mí bastan las horrorosas mujeres de aquí, si es que se puede, sin ofender á la naturaleza, darles el nombre de *mujeres*. Como ésta es demasiado

bonita, va á robarme un tiempo que no tengo libre.

— ¿Qué te importa encontrar durante el paseo una cara agradable?

— Perturbará mi imaginación, y trabajaré menos y mal.

— ¡Qué impresionable eres! Esa señora ni siquiera te ha mirado, y ya te alarmas y te mortificas.

— ¡No hay literatura posible con las mujeres!

— Pues bien, vámonos de aquí y no volvamos más.

Continuaron su paseo y luego fueron á comer sin hablar ni ocuparse otra vez de la mujer que había sido el objeto de aquel diálogo. Sin embargo, después de algunos días Santiago adquirió la costumbre de salir terminado el almuerzo, á la hora en que Mauricio, inclinado sobre la mesa, escribía sus cuatro páginas reglamentarias. El literato no parecía apercibirse de esas fugas, aferrado á su trabajo y con la cara vuelta á la pared, para de este modo evitar las distracciones que pudieran presentársele; pero como un día dadas las cinco su amigo no había entrado, Mauricio se decidió á ir en su busca, y no sin sor-

presa, en la esquina de la calle descubrió á Prévinières conversando animadamente con la joven. El perrito jugaba entre las piernas del parisiense con el afectuoso reconocimiento de un animal repleto de golosinas. Al ver á Dauziat, Santiago se despidió bruscamente y corrió hacia su amigo.

— ¡Hola, hola! gritó alegremente el novelista, ¿en qué capítulo estamos?

— En la exposición solamente, respondió riendo Prévinières.

— Ahora, coloquemos los personajes. La dama vestida de gris : joven, bonita, rubia, de ojos negros, casada...

— Viuda.

— ¡Diantre! ¿Después de cuánto tiempo?

— Desde hace diez y ocho meses... Todavía lleva medio luto.

— ¡Marido muy llorado!... ¿Merecía serlo?

— Ha dejado una buena fortuna, pero nada de sucesión.

— ¡Bien! Le ama más difunto de lo que le amó en vida... ¿Y en qué ramo ejercía sus facultades?

— En ningún ramo.

— ¿Tal vez no tendría él mismo facultad ninguna?

— Caballero de lugar, de edad y nada amable.

— Yo la hubiera deseado. ¿Vas á consolar á la viuda?

— Poco á poco, respondió Santiago tomando un aire serio. No hablemos á la ligera, porque es una mujer á quien es necesario respetar.

— ¿Estás seguro que es respetable?

— Perfectamente seguro.

— ¡Ah mi amiguito! ¿que ya has averiguado todo eso?

— No le he hablado más que tres veces por junto.

— ¡Eh! para un joven como tú, eso es suficiente.

— ¡Estás muy necio!

— Lo mismo pretenden los críticos, pero no lo han probado todavía. ¿Esa amable princesa tiene veintitrés años?...

— Creo que veintidós...

— ¿Cómo se llama?

— La señora de Descharmais.

— ¿Su nombre de pila?

— Ana.

— ¿Inglesa?

— No : de familia irlandesa, pero nacida en Francia.

— ¿Quién te ha informado tan bien?

— La mujer en cuya casa vive y quien es al mismo tiempo una antigua criada de su familia.

— ¡Qué suerte que no sea muda! Dime todo lo que te ha contado.

Santiago tomó por el brazo á su amigo, y durante todo el paseo no cesó de hablarle de la señora de Descharmais : como la había encontrado á la mañana siguiente del día en que la vieron por primera vez, su emoción al hallarse frente á la dama, la manera un tanto inquieta con que se había separado al aperebirlo, y en fin, la feliz casualidad que le permitió recoger una carta que ella dejó caer al salir del Correo, y el aire dulce y modesto con que al devolvérsela le dió las gracias... En una palabra : Santiago estaba dominado por el encanto de aquella mujer, no pensaba sino en ella, y no bien había terminado una relación, cuando nuevamente la emprendía. Con muchas respetuosas precauciones había llegado á hacer conocimiento con la joven, desde entonces todos los días se reunían en la playa, y justamente regresaban de la casa de baño cuando Mauricio los

encontró. Hacía diez minutos que caminaban reunidos por la calle, y ya se había despedido; tal era su actitud recelosa y timorata. Era una mujer exquisita, que no conocía de la vida más que los deberes austeros, que no había sido feliz con su marido, y poseedora de una juventud esplendorosa, ya revelaba toda esa madurez reflexiva que proporcionan los grandes dolores.

— Pues bien, este es un pequeño cuadro extremadamente bonito, dijo Dauziat cuando Santiago cesó de hablar, y no sé qué es lo que me impide hacerte la competencia. En todo y por todo, es una mujer propia para mí esa joven viuda! Rica, libre, en nada consentida, no me costará nada, no vendrá nunca á mi casa á importunarme cuando yo trabaje y escuchará mis proyectos de novelas y de piezas teatrales con una admiración profunda. ¿Quieres cedérmela?

— Pero, mi querido amigo, le contestó Santiago con brevedad, bien puedes ocuparte de eso si te gusta; no tengo intenciones con ella.

— ¡Oh! dices eso como si estuvieras celoso. ¡Diablo! ¿Será que estás ya más enamorado de lo que pienso y más de lo que crees? ¡Vamos! no me ocultes nada; sabes muy bien que no te estorbaré

y que no soy un hombre que disgustaría á un amigo por una mujer que yo amara, y con mucha menos razón por una mujer que no conozco. ¿Ella te gusta?

— Pues bien, sí, me gusta mucho, declaró Santiago con animación; no he experimentado nunca una sensación igual á esta que me domina desde hace ocho días, y he sido un tonto al pretender ocultarte todo esto, y á ti, con quien puedo contar absolutamente y quien sin duda podrá darme cuantos buenos consejos me sean necesarios. Con tus delicadas facultades de análisis sabrás descubrir lo que yo no alcanzo y leerás en su pensamiento todo aquello que para mí permanece obscuro...

— ¡Oh, oh! interrumpió Dauziat con irónica sonrisa, no vayamos demasiado lejos en la confianza que tienes en mi mérito. La psicología es bella y provechosa en las novelas; es una ciencia de gabinete: sentado ante mis cuartillas, con la pluma en la mano y estudiando los personajes á quienes les hago decir lo que quiero y á quienes conduzco cual si fueran muñecos de cartón atados al extremo de una hebra de hilo, entonces sí soy fuerte y de esta manera te desarticularé cualquier

hombre, y te lo desmontaré como si nos ocupáramos de una máquina de reloj. Pero en la vida real, cuando se trata de analizar seres de carne y hueso, ya eso es otra cosa: explicarte con una apariencia de certeza lo que piensa una mujer y aspirar al conocimiento de los misterios que ocupan su meollo, loco ó juicioso, he aquí á lo que yo no puedo comprometerme. Los más hábiles se ven chasqueados, y si me encuentro perplejo ante mi problema, yo te aseguro que no lo estaré menos ante el estudio de la simple naturaleza. Los psicólogos, los grandes conocedores de la parte más sutil, delicada y exquisita de la naturaleza femenina, con frecuencia se ven engañados ni más ni menos que el prójimo más sencillo, cuando se mezclan en asuntos de amores. Así, pues, ¿cómo creer en la certeza de las observaciones? Me hacen el mismo efecto que las mujeres que profetizan la suerte por medio de los naipes, infalibles para esos que por sí solos no saben leer en el porvenir; sibilas de cartón á quienes todas las catástrofes sorprenden desprevenidas, como la dueña de la mercería de abajo ó la criadita del tercer piso.

— ¡Vamos, veo que haces un artículo!

— ¡Es verdad! dijo Dauziat riendo; ¡bah! cuén-

30650

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO R. YRIS"

Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

tame tus aventuras, que tal vez sacaré un argumento de novedad.

Hablando del mismo asunto concluyeron el paseo, entraron á comer y se acostaron temprano, como de costumbre. Á la mañana siguiente Santiago presentó su amigo á la señora de Descharmais, quien fué recibido por la joven viuda con un favor y lisonja tales, que hicieron pensar favorablemente de su cultura intelectual. El literato se mostró muy reservado, dejando que la dama hiciera todo el gasto de la conversación : ésta habló sin pretensiones, pero con gracia y revelando viveza de espíritu y con una voz de timbre muy agradable y que sin duda contribuía mucho al atractivo de su acento.

Dauziat pensó y se dijo : Es un poco habladora, pero no tiene nada de tonta ; ¿qué le falta, pues, para parecer como una mujer verdaderamente distinguida ?

La señora de Descharmais debía saber lo que le faltaba, puesto que no hablaba sino con extrema prudencia y parecía atender con mucho cuidado su conversación. Fué necesario el fino olfato de Dauziat para descubrir una ligera discordancia entre las maneras y el lenguaje de la joven viuda.

Es ese nada, para la generalidad inexplicable é imperceptible, que delata los orígenes comunes á pesar de la educación refinada y de los hábitos de elegancia ; una palabra mal escogida que no debía ser pronunciada por los labios de una mujer de condición superior. Como Santiago estaba enamorado, su amigo se guardó bien de comunicarle sus impresiones : el literato sabía que los amantes más empeñados en discutir sobre las condiciones de la mujer que les gusta, no perdonan una crítica que contrarie su entusiasmo. « Dime qué piensas de la que amo, » significa siempre : « Dime de ella todo lo bueno que yo pienso ; » y Mauricio no sacrificaba esta regla, sino por el contrario, alborozaba á Santiago con los elogios que hacía de la señora de Descharmais.

Á contar de este día, siempre á las cuatro de la tarde, se reunían en la orilla del mar con la joven y emprendían el paseo ; mas en tanto que permanecía con ellos, Ana no se sentaba, tal vez juzgando que aquella instalación y aquel reposo en común y ante todos los bañistas, era un poco más familiar de lo conveniente : marchaba de prisa, seguida de su perro, y una vez concluído el paseo, entraba en su casa con una puntualidad que cau-

saba la desesperación de Santiago. Dejaba llegar á sus acompañantes hasta la puerta y allí se despedía sin ofrecerles nunca la entrada.

Esta reserva, misteriosa hasta la descortesía, no dejó de inquietar á Dauziat. ¿Será que no vive sola, pensaba el escritor; será que tiene alguna cosa que ocultar? Él quería saber á ciencia cierta cuanto hubiera de verdad en esto, y con ese propósito trató de averiguar entre los vecinos, quienes, lo mismo unos que otros, le dieron iguales informes. La joven señora habitaba sola, y no había venido la temporada última porque guardaba luto de su esposo; pero el año anterior había vivido en el mismo lugar que ahora, ó sea en la casa de una vieja ama de llaves de ella, y en compañía del señor de Descharmais. Éste era un hombre de edad, de cabellos blancos, de buena presencia, con el aire de un coronel retirado, y á quien Ana cuidaba extremadamente; así, pues, no era de extrañar que lo hubiera sentido mucho, ya que tanto lo había venerado.

Dauziat no dejó de poner en conocimiento de Santiago cuanto había sabido. La investigación había resultado bastante favorable para que su amigo no le perdonara sus sospechas y el deseo

que le había dominado por conocer la verdad. Por lo tanto, quedó establecido que Ana era una criatura ideal; y el día en que le anunció á sus nuevos amigos que partía de Granville, fué para ellos de profundo disgusto. Se habían unido á ella, y ahora ella los abandonaba.

— ¿Adónde va Vd.? le preguntó con franqueza Dauziat. ¿No regresará Vd. todavía á París? El mes de Septiembre es un verdadero Sahara por el calor y por la soledad...

— Cuento pasar un mes con la familia de mi padre, en Argentan; después, iré á la capital.

— ¿Podemos ir á visitar á usted? se atrevió á preguntar Santiago en una corazonada.

— Sin duda, dijo tranquilamente la señora de Descharmais. En París se hacen muchas cosas que son imposibles en una ciudad pequeña. Aquí todo el mundo se conoce, nada pasa inadvertido y pronto aparecería algún mal intencionado que se entretendría en inventar lo que mejor le pareciera contra Vd. y contra mí. En París es bien diferente. Con frecuencia no se conocen los inquilinos de una misma casa, ni tienen la costumbre de relacionarse. Vd. vendrá, pues, á visitarme si lo tiene á bien; y estoy en casa siempre á las cinco.

— ¿Dónde vive Vd.?

— Calle de la Chaussée d'Antin, número 38.

— Ahora, hasta la vista, de aquí á mucho tiempo, dijo Dauziat riendo.

— Dentro de seis semanas simplemente, es decir, el 15 de Octubre...

— Adiós, pues, señora; Vd. deja tras sí un vacío que no sabremos cómo llenarlo, suspiró Santiago.

— ¡Bah! Ustedes vivían alegremente antes de conocerme, dijo con gracia la joven; ustedes continuarán viviendo como antes.

— Falta nos hará, aunque sólo sea por el honor de volver á ver á Vd.

Con estas últimas palabras se separaron, y á la mañana siguiente la dama vestida de gris emprendió la marcha. Dauziat volvió á consagrarse á su novela y Santiago á fumar cigarros y deleitarse en la contemplación del mar; pero ambos se hallaban perturbados: el novelista se sorprendía viendo su pluma inmóvil entre sus dedos pasar las horas, y el enamorado encontraba execrable el cigarro y el horizonte brumoso y feo. En fin, nada les salía bien, les faltaba aquella tranquilidad que gozaron antes de conocer á la viuda, y esto fué bastante á decidirlos á dar fin á la temporada.

Á la otra semana, sin más meditarlo, tomaron el camino, proponiéndose el uno ir á Aix, para tratar con un director que representara su obra con todo el cuidado debido, y el otro pasar algunos días cazando en una propiedad de su familia. Separáronse con la promesa de escribirse anunciándose el día definitivo en que regresarían á París. Pero bien pronto olvidaron la promesa, y el mes de Octubre estaba muy avanzado, cuando se presentó Mauricio Dauziat en el domicilio de Santiago Prévinquières.

Era demasiado temprano para que el joven, dados sus hábitos, hubiera abandonado el lecho; sin embargo, el criado le respondió que el señor había salido, y el literato, un poco sorprendido, se despidió, volviendo á las tres de la tarde; mas no obtuvo mejor resultado, ni tampoco en las otras tentativas que en los tres días siguientes hizo por ver á su amigo: ni en su casa, ni en el Círculo, ni en la sala de armas, ni en casa de los amigos, en fin, logró el literato hallar á Santiago. Excitado, pues no era por cierto la paciencia su virtud dominante, acabó por no ocuparse más del asunto.

Así transcurrieron unos quince días, cuando una noche en el teatro de *Variedades*, donde

había entrado para volver á ver el acto de efecto de una pieza nueva, creyó reconocer en un palco de primer piso el perfil de la dama vestida de gris. Inmediatamente dirigió sobre ese punto sus gemelos, é hizo un brusco movimiento de sorpresa : en el fondo, detrás de la señora de Descharmais — pues no era otra la dama — descubrió á Santiago Prévinqüères. Cambió de posición, no miró más hacia aquel punto, y cuando el telón hubo caído se dirigió al pasillo con el determinado propósito de apostarse ante la puerta del palco y aguardar la salida de su amigo.

No quería entrar, juzgando poco discreto este proceder; pero mucho deseaba encontrarse de pronto y frente á frente al poco confiado camarada que se le escapaba con tanta persistencia. Ahora no cabía duda ninguna : él comprendía bien que Santiago, desde su regreso, se ingeniaba el modo de evitar encontrarlo. ¿ Por qué ? Claramente lo adivinaba : Prévinqüères se veía en camino de llegar á ser el amante de la dama vestida de gris, y por cuidar la reputación de ésta, se esforzaba en evitar las explicaciones que Dauziat no hubiera dejado ciertamente de pedirle.

Éste se hacía todas estas reflexiones de pie, en

el pasillo, á la puerta del palco, empujado á izquierda y derecha por los que iban y venían, entre el movimiento de los acomodadores que entregaban los abrigos, porque el último acto iba á comenzar. Sin embargo, la espera pareció larga á Dauziat, y como no sentía ruido ninguno en el palco, tuvo la idea de mirar por la ventanilla de cristal de la puerta cuya cortina no cerraba completamente. El interior del palco se hallaba iluminado por la luz de una lámpara, pero el local estaba vacío : Santiago y la señora de Descharmais se habían marchado antes que el telón cayera.

Dauziat se puso á reir del chasco que había llevado, y como para él la pieza había terminado con el segundo acto, se puso su abrigo, salió al boulevard, encendió un tabaco y se dirigió á su casa, situada en la calle de Nuestra Señora de Loreto, á pie y con una noche agradable y estrellada. Á la mañana siguiente se encontraba en su faena, cuando el criado, contraviniendo la consigna que prohibía entrar en el gabinete del escritor desde las ocho de la mañana al medio día, se aventuró á abrir la puerta y participarle :

— El señor de Prévinqüères está aquí é insiste por ver al señor ; ¿ desea el señor recibirlo ?

— Sí, que entre.

Santiago apareció sonriendo, el rostro placentero, y dirigiéndose á su amigo con la mano abierta :

— ¿Estás incómodo conmigo?

— ¡Yo! grito Dauziat, ¿y por qué?

— Por haberme escapado de entre tus manos anoche en *Variedades*.

— ¡Ah! ¿luego tú me viste?

— Por supuesto. ¿Podía haber hecho otra cosa? La señora de Descharmais perdió la cabeza así que te vió, y más aun cuando comprendió que nos habías conocido. Esa era la primera vez que salíamos juntos, y bien sabe Dios el gran trabajo que me costó obtener esa salida. No podrás imaginarte hasta qué punto es timorata esa mujer encantadora, pues tiene miedo de todo.

— ¡Una mojigata! dijo Dauziat.

— No ciertamente, protestó Santiago; pero es una mujer que concede extrema importancia á lo que digan de ella, y que se resguarda cuidadosamente de todo lo que pueda comprometerla.

— Y sin embargo, ¿ella no es cruel contigo?

— Te doy mi palabra de que no hay nada entre nosotros.

— Pero ya eso pica en historia.

— No, no he adelantado nada : es deliciosa, parece sentir mucho placer en recibirme, no me oculta que le gusto; pero se mantiene inflexible.

— Pues bien, amigo mío, ya nosotros conocemos ese sistema, que no es otro que el amor á la americana : se ilusiona mucho á un hombre con todo aquello que más le place y que puede ofrecerse de más excitante; se le permiten las más apasionadas demostraciones y se le deja ir hasta el límite extremo de las realizaciones deliciosas... pero al momento mismo en que, como el gallo victorioso, se dispone á lanzar su grito de triunfo, ¡paf! con un golpecito seco y rápido se le arranca la cresta. Y he aquí por qué á la otra mañana todo vuelve á comenzar como la víspera, con las mismas peripecias preliminares y la misma derrota final. Esto es clásico, amigo mío, y tú has debido reconocer el procedimiento...

— Pero ¿adónde piensa ella conducirme así?

Dauziat guardó silencio por algún tiempo, miró á Santiago seriamente y después le dijo con brevedad :

— Al matrimonio.

Hubo un nuevo silencio; Santiago con la cabeza

baja paseó por el gabinete, y luego continuó :

— He pensado bien en todo eso, puesto que no soy un cándido; pero bien deseo que me confirmes en mis ideas.

— ¡Torpe! Ahí tienes una persona que se arregla para aislarte, que te separa de tu mejor amigo, de un hombre que, por su profesión, tiene que ser forzosamente á sus ojos un excéptico, ¿y tú no juzgas al momento que ella teme la influencia que ese hombre pueda ejercer sobre ti? ¡Para cualquiera esto es claro como el día!

— ¿Qué razón tiene ella para creer que tú me harás la oposición?

— ¡Eh! ¡ella es viuda! ¿Y es un joven de veinticinco años y en tu situación quien se casará con una viuda de veintitrés, y más todavía, con la viuda de un viejo? ¡Vamos, eso sería una locura! Ella lo siente bien; pero como desea alcanzar su objeto, hace por separarte de todos los que pudieran prevenirte, debiendo, por lo mismo, ser yo á sus ojos el primero de esos. Haz por experimentar todo lo que te digo en este momento.

— Dauziat, ¡ella es muy seductora!

— Por eso es tanto más peligrosa.

— ¿Qué es lo que me aconsejas que haga?

— Lo que te sea más agradable.

— ¿Por qué?

— Porque es infaliblemente por donde acabarás. ¿Á qué perder el tiempo hablando de eso? Cuando á cualquiera se le pide su opinión, ¿no es porque abunda en el parecer del demandante?

— Soy más razonable de lo que piensas; dime lo que harías en mi lugar.

— Quizás procedería tan torpemente como tú.

— No he venido á verte para que me trates con dureza.

— Has venido á verme porque no has tenido otro remedio. Si no hubieras sentido que la cuerda, demasiado tirante entre nosotros, iba á romperse, hubieras continuado jugando al escondite con el hombre de quien no podías prescindir antes. Si yo no fuera un filósofo, hoy te mandaría á pasear, para no verme expuesto el día en que seriamente necesite de ti, de tu amistad y de tu consecuencia, á encontrarme frente á la nada. Pero te conozco demasiado bien y después de mucho tiempo, para enfadarme. Sé que no hay medio de contar contigo fuera de las distracciones que te son familiares. Te acuerdas de mí cuando

te fastidias, cuando no tienes á tu lado á nadie con quien charlar durante la comida, cuando tu querida te hace rabiar y sientes la necesidad de desahogar el corazón. Yo soy el amigo de siempre y para todo; pero nada de eso tiene importancia, y no se debe exigir de la gente más de lo que puede dar. Te soporto así, porque en el fondo me diviertes con tu egoísmo, tu futilidad, tu inconsciencia y tu lubricidad.

Santiago escuchó el violento apóstrofe con semblante á la vez sorprendido y sonriente.

— ¡Un monstruo! acaba de decirlo ¡yo soy un monstruo!

— ¡Ah no, Dios mío, no es eso! Un truhanillo, y nada más.

— Pues bien, no abandones, pues, á este truhanillo á sus propios recursos. Trátalo con indulgencia, y para comenzar, ven á comer esta noche con la señora de Descharmais.

— ¿Está prevenida?

— Es ella quien me ha pedido que te invite.

— ¡Vaya que esto tiene gracia! ¡Ella quiere echar pasteles en la boca de Cerbero!

— ¿Aceptas?

— Sí. ¿Dónde comeremos?

— En la *Maison Dorée*, á las siete y media; preguntarás por mí.

— Entendido; ahora, despeja que tengo que trabajar.

— ¡Ah, mi buen Dauziat, no puedes figurarte el placer que tengo en verte!

— Sí, mi amiguito, sí; ¡ya te conozco! Economiza esos transportes.

— ¿Es que no me crees?

— Sí, te creo: eres más sincero hoy viniendo á mi casa, de lo que fuiste ayer escurriendo el bulto.

— ¡Oh! escucha y no me representes *El Misántropo*. Pase en la *Comedia Francesa* y por los actores de ese teatro; pero aquí y por ti, ¡ya eso es abusar!

— Vamos, respeto tus nervios; hasta la noche; vete tranquilo, que te prometo ser muy amable.

Otra señora de Descharmais muy distinta de la de Granville fué la que Dauziat contempló aquella noche. La dama vestida de gris, modesta y sencilla, había cedido el puesto á una dama elegantemente vestida de negro. Sólo la fisonomía era la misma: el semblante siempre regular y encantador, su nariz fina y pequeña, sus ojos negros y sus hermosos cabellos rubios naturalmente ondea-

dos. Pero la expresión tranquila y un tanto triste de la linda bañista de Granville, se había trocado por un aire de animación y de alegría. La mirada era más brillante, la sonrisa más osada y la voz más alta; parecía que de toda ella brotaba como un deseo de agradar, esa estrella polar de la coquetería femenina.

Santiago la devoraba con los ojos, olvidándose de su amigo para perderse en la contemplación de la joven, por quien estaba manifiestamente decidido. Dauziat, comía, bebía y hablaba con perfecta libertad de espíritu, á la vez que observaba la actitud de Ana y confirmaba en su pensamiento la opinión de que Prévinières estaba metido en un asunto difícil, y que toda la política de la viuda se dirigía á un fin que se revelaba fácilmente.

Para el escritor, estaba en extremo graciosa y hasta un poco provocante, y si Santiago no hubiese estado seguro de su amigo, aquella noche hubiera sentido los celos. Quizás había en las coquetenas de la dama alguna táctica para excitar á un enamorado que hallaba muy reservado contra su designio.

Pero la fantasía de Dauziat, que esa noche estuvo resplandeciente, bastaba á explicar el con-

tento que experimentaba al lado de la señora de Descharmais y el placer que ésta sentía. Entre su camarada, que con la brillantez de su palabra producía como variados y divertidos fuegos artificiales, y Ana, que fascinaba con su belleza esplendorosa, Santiago se sentía el hombre más dichoso de la tierra y aquellas horas le parecieron muy cortas. Á pie los tres emprendieron la marcha por el boulevard, que estaba animado y ruidoso, hasta la calle de la Chaussée d'Antin, dejaron á la señora de Descharmais en la puerta de su casa y los dos continuaron hasta la iglesia de la Trinidad. Allí preguntó Santiago :

— ¿ Adónde vas ahora ?

— Á acostarme, que tengo que trabajar mañana por la mañana.

— Yo voy al Círculo, no tengo sueño; pero antes de separarnos, comunícame un poco de tus impresiones de esta noche.

— En este momento, nada : es preciso que reflexione y que ordene mis ideas; hasta mañana. Y tendiéndole la mano se alejó.

Al otro día á las tres de la tarde, Prévinières entraba en la casa de la viuda. Ésta lo esperaba, y al verlo llegar solo, no pudo disimular un

ligero gesto de contrariedad; y como Santiago le preguntara, le respondió que ella creía que Dauziat hubiera venido con él á hacerle una visita.

— ¿Pero Vd. se lo ha pedido? le interrogó Santiago. Dauziat es un hombre muy raro; retraído tanto como le es posible, no va á casa de nadie, y si lo hace, es después de reiteradas invitaciones. Todavía hay más: es necesario tratarlo con mucha cortesía; y si por casualidad se recibe bajo el mismo pie que á los hombres de mundo que frecuentan la casa, no vuelve más.

— ¿Tiene, pues, una idea muy elevada de sí mismo?

— Nada de eso; es el joven más sencillo y más modesto que he conocido. Pero tiene un verdadero culto por su profesión, y es esa profesión la que tiene el prurito de ver honrada en su persona. Piensa que un literato como él, bien educado y de mucho talento, es igual á los príncipes y á los millonarios. No hay que forzarlo mucho para que declare que debiera caminar sobre los demás.

— Es decir que él piensa con la historia de Alain Chartier, que fué besado por una reina, observó Ana riendo.

— Con la de Ronsard, en familiaridad con

Carlos IX, ó con la de Molière, almorzando con Luis XIV. Pero hace excepciones con las señoras, ocultando su altivez delante de ellas.

— Él debe agradar generalmente, porque tiene una gracia extraordinaria...

— Delante de Vd. ha tirado la casa por la ventana, pues no siempre se prodiga, y no sé si es más agradable todavía cuando se encuentra menos prevenido. Dauziat, en la sencillez de la vida íntima, tal como lo conozco, es verdaderamente delicioso.

— Hace falta que yo le conozca así; ¿pero vendrá? No sé si le soy muy simpática.

— Él ama todo lo que yo amo.

— ¿Es decir que le gustaré por anuencias? Eso no me satisface sino á medias.

— ¿Desea Vd. inspirarle pasión?

— ¡No, Dios mío! pero quisiera que fuese mi amigo.

— Lo será; yo se lo prometo.

— Más todavía: usted no tiene que hacer nada en esto, porque si la impresión que sienta no le es directamente inspirada por mí, ha de resultar sin valor á mis ojos.

— La dejaré en libertad de subyugarle com-

pletamente sola; pero le advertiré que no necesitará tomarse mucho trabajo para conseguir su propósito.

— Usted se engaña, y el medio más seguro de fracasar con su amigo será estar demasiado comunicativa. Yo lo sueño sumamente desconfiado, y si se quiere sacar de él, el procedimiento más simple debe ser aparentar que no se tiene un deseo semejante.

Si Santiago no hubiera estado ciego por la pasión, esta última frase le hubiera podido abrir los ojos respecto á la táctica de la señora de Descharmais en lo que á él interesaba personalmente. Era evidente, como bien lo había presentido Dauziat, que la joven seguía un plan perfectamente meditado, y que para lograr su objeto estaba decidida á seducir, resistiendo al mismo tiempo á la seducción. Pero ¿quién es dueño de su corazón cuando se juega con la pasión sincera expresada por un apuesto joven de voz convincente y de ojos cariñosos? Ana mantenía á Santiago á distancia, pero esto no carecía de mérito, y la esperanza que manifestaba de ver á Dauziat llegar á su casa en compañía de su amigo, probaba á qué extremo temía encontrarse ahora sola con Prévinqüères.

El literato no se hizo rogar, sino al contrario, vino á ser el compañero de Santiago y de la señora de Descharmais, pasando con ellos durante tres meses una existencia deliciosa. La intimidad de la joven era muy agradable: habitaba un bello apartamento, tenía un soberbio ajuar, recibía á maravilla; pero nunca presentó ninguna de sus relaciones á sus dos amigos. Nunca hablaba de su familia ni de los que la rodeaban, y á pesar de esto, no carecía de amistades. Frecuentemente, cuando Santiago y Dauziat aguardaban en el salón, escuchaban hablar en la alcoba de Ana, y siempre era una voz de mujer la que alternaba con la de la dueña de la casa; y cuando alguno de ellos le preguntaba quién era la persona que acababa de dejar, respondía evasivamente:

— Es una tía, es una amiga, es mi nodriza.

Una vez Santiago se encontró en la escalera con la nodriza, reconociendo al punto en ella la mujer con quien había vivido Ana en Granville, y con este motivo le interrogó:

— ¿La mujer en cuya casa habitó usted este verano, se encuentra ahora en París?

La viuda se puso encarnada y le contestó:

— Sí, ha sufrido reveses de fortuna, vendió su

casa de la orilla del mar y ahora habita en París con su hijo...

— ¡Ah! ¿tiene un hijo?

— Sí, es mi hermano de leche.

— ¿Qué es lo que hace? ¿puedo serle útil?

— Está empleado y se gana la vida; le doy á usted las gracias.

Y como demostrara el deseo de cortar aquella conversación, él no insistió más. ¿En qué podía interesarle aquella gente que no conocía? Sólo por afección á Ana era por lo que deseaba hacerle algún bien á su hermano de leche. No lo vió más que una vez, y sin dudar pensó que era el mismo. Esto fué un día al llegar á la calle de la Chaussée d'Antin, donde se cruzó en el zaguán con un individuo alto, de mirada dura y repulsiva, de cabellos sumamente lustrosos por la gran cantidad de pomada con que los había cubierto, vestido con un traje de terciopelo color marrón, con un apillo dorado sujetando una corbata de un rojo escandaloso, con un sombrero de castor blando y presentando el tipo acabado del bandido que vive de mujeres. El individuo pasó mirando con insolencia y encendiendo un cigarro á la salida.

— ¡Qué canalla será este! murmuró Santiago.

Cualquiera diría que es un facineroso que viene á tomar sus medidas para dar un golpe de mano en la casa.

Tanto le llamó la atención aquel encuentro, que no tardó en ponerlo en conocimiento de la señora de Descharmais, haciéndole la descripción del hombre repugnanté y recomendándole que cerrara bien las puertas por la noche, á fin de evitar un accidente cualquiera; pero tan preocupado estaba, que no se fijó en la turbación y palidez que sus palabras produjeron en su amiga. Mas la llegada de Dauziat hizo que se hablara de otra cosa.

Tres meses hacía por lo menos que Santiago visitaba á la señora de Descharmais, y no había adelantado más de lo que el primer día. Ana lo trataba con ardiente sinceridad, pero no quería concederle nada, sino al contrario, resistía con firmeza á las tentativas más desesperadas del enamorado joven. Ella demostraba una fuerza de voluntad extraordinaria: algunas veces se abandonaba el uno en los brazos del otro con tal delicia, que Santiago se consideraba en el momento de obtenerlo todo; pero un gesto, una palabra, era suficiente para llamar á la joven á su actitud ordinaria, y al borde del precipicio retro-

cedía bastante enérgicamente para librarse de todo peligro.

Santiago entonces parecía estar loco : á las exaltaciones más embriagadoras sucedían los desengaños más dolorosos, y siempre se retiraba de casa de la señora de Descharmais sonándole los oídos, adoloridos los tobillos y presa de un abatimiento físico tan grande como su turbación moral. Mucho le había suplicado á la joven, pero ésta permanecía incommovible.

— Si consiento en ser su querida, le decía, lo perderé á Vd. Cuando Vd. haya obtenido lo que desea, me abandonará, y entonces seré muy desgraciada; así, pues, si me entrego á Vd. quiero que sea para siempre.

Esto era bien claro : lo que deseaba era el matrimonio, mas Santiago aparentaba no comprenderla : se esforzaba en jurarle que le sería fiel, pero en vano, porque la joven sabía á dónde iba, y en esta lucha era más fuerte que Prévinqüères.

Pero unas relaciones absorbentes como estas no podían mantenerse mucho tiempo sin que el cambio que se operaba en la vida de Santiago dejara de ser notado por su familia. Para él era indiferente ya todo lo que no fuera Ana ó para

Ana, y la señora de Prévinqüères, casi olvidada completamente por su hijo, temía que éste pudiera haber cometido alguna calaverada. Hizo partícipe de sus inquietudes á su cuñado, y el Comandante una mañana se apareció en casa de su sobrino, á quien al momento le arrancó una confesión completa.

El viejo militar le escuchó atenta y silenciosamente, y luego pensó que si la joven era como se la pintaba aquél : bella, distinguida, de buena familia y rica, encontraba ventajoso el matrimonio con una viuda de esas condiciones y no haría mucha oposición á las ideas de Santiago. Él sabía lo que significaba una corazonada, pero era conveniente saber de antemano y con toda certeza, si la dama merecía el sacrificio que su sobrino parecía estar dispuesto á consumir. Un matrimonio es asunto serio, y no una diversión de quince días. Era necesario saber con quién iba á enlazarse su sobrino : ¡ con un angel ! sí, bien entendido ; pero las mujeres son siempre ángeles antes, y con mucha frecuencia diablos después. Importaba, pues, informarse, y antes que todo, conocer á la persona en cuestión.

Fué convenido que la señora de Descharmais

asistiría á la *Comedia Francesa* el martes siguiente, y que el Comandante Prévinquières iría al palco del Club para hacer la inspección de la futura de su sobrino. Éste tuvo la discreción de no ir al antepecho á hablar con Ana, y no se movió de su butaca aguardando con ansiedad el veredicto de su tío.

Por casualidad Dauziat estaba en el teatro, é hizo compañía á su amigo durante los entreactos; pero éste no le dijo ni una palabra de la prueba á que Ana se hallaba sometida, lo que no impidió que el literato comprendiera bien pronto que pasaba algún incidente grave.

Nunca la señora de Descharmais estuvo más hermosa, ni más seria, ni ataviada con más elegancia: estaba verdaderamente irreprochable, y su belleza impresionaba á tal extremo, que todos los gemelos se mantenían en agitación continua. El Comandante Prévinquières veía bien todo el efecto que producía la encantadora Ana, y prestaba todos sus oídos á las conversaciones de sus camaradas de palco, gente muy conocedora de las mujeres hermosas de París, así como los nobles de otro tiempo conocían el blasón de todas las grandes familias de Europa.

— ¿Quién es esa jovencita que está en aquel antepecho? preguntó el Barón Tresorier; Vd., Bernheimer, que tiene la especialidad de conocer las novedades, debe saber eso.

— No la conozco, nunca la he visto. Es alguna burguesa de provincia, es bonita y bien formada y no es extraño que haga fortuna.

— Trate Vd. de saber quién es, La Brède, usted que es un escudriñador...

— Á eso voy, dijo La Brède saliendo al pasillo; no volveré sin los informes.

— Con un perro de busca como La Brède, agregó el Comandante, estamos seguros de ser bien informados, pues se dejará matar antes que renunciar á descubrir el pastel, si es que hay alguno.

Mientras que se llevaba á cabo esta averiguación, la pieza continuaba, los actores desempeñaban sus respectivos papeles y habían concluído dos actos sin que La Brède hubiera regresado. En el último entreacto apareció, sofocado, serio, pero parecía satisfecho.

— Me ha costado trabajo, dijo, he tenido que hablar con más de treinta personas, entrar en más de seis palcos... pero lo he conseguido y ya me

encuentro bien enterado. Debo decir que la casualidad es para algo : ninguno de mis amigos conoce la dama, y fué un notario de Carentan, de paso en París y que asiste á la representación en el palco del doctor Bonnefoy, quien me ha puesto al corriente.

— ¡Nada de comentarios! gritó el Comandante ; ¿quién es ella?

— La querida de Descharmais.

— ¡Cómo! ¿Descharmais, que ha muerto hace cinco ó seis años?

— Sí, ese mismo que jugaba también al whist... El viejo Descharmais...

— Oiga usted, mi buen amigo, no maltrate usted mi generación...

— Dispense usted, Comandante... En una palabra : hace cinco ó seis años que Descharmais perdió la cabeza por esa joven á quien conoció en casa de su hermana, cuyas hijas educaba.

— ¿Era institutriz?

— Sí, con todos sus títulos, é hija de un alcalde de la Comuna deportado á la Numea, de donde pudo evadirse, viniendo á morir en Inglaterra.

— ¡Familia encantadora!

— La señorita, como ustedes lo ven, no carecía de los principales atractivos, y además, demostraba un vivo anhelo por dejar su pequeña y pobre habitación del sexto piso; mas el temor de entregarse á un tenorio que le volviera la espalda á los quince días, la llevó á pretender verse la esposa de Descharmais.

— ¡Bueno! el matrimonio al fin!... murmuró el Comandante. Decididamente, ese es su caballo de batalla.

— Pero con un zorro tan fino como Descharmais, la maniobra fracasó : él se negó á ese enlace, pero le prometió dotarla inmediatamente, y acabaron por ponerse de acuerdo. Y como Descharmais conocía cuán frágil es la virtud, instaló á su buena amiga en una casa de campo, cerca de Carentan, donde vivió como un príncipe hasta su última hora. Esa es su titulada viuda, rica, joven y encantadora, deseosa de sacudirse de los seis años que vivió con Descharmais; esa es la que ustedes tienen delante.

— ¡Y bien! no le faltarán amantes, observó el Barón Trésorier, si se juzga por la emoción que produce en nuestros amigos.

El Comandante sabía ya á qué atenerse, y con-

siderando innecesario prolongar su estancia allí, tomó su abrigo y dirigiéndose hacia la orquesta encontró á Santiago que se paseaba con Dauziat por el pasillo.

— ¿Se va usted, tío? le preguntó.

— Sí; ¿vienes conmigo?

— Si usted lo desea.

— Tengo que hablarte.

— Bien; Dauziat, tú me reemplazarás para acompañar hasta el carruaje á la señora Descharmais.

— Vete tranquilo, respondióle el literato.

Santiago y el Comandante salieron, y como el piso estaba seco, siguieron la calle de Richelieu hasta la fuente de Molière sin hablar una palabra. El sobrino temía interrogar y el tío titubeaba en hablar; diríase que había un estorbo entre ambos. Por fin, Santiago le dijo :

— ¿Qué le ha parecido la señora de Descharmais, tío; le gusta?

— ¡Oh! es encantadora.

— ¿No es cierto?

— Sí : físicamente no hay nada que objetar.

— ¿Y moralmente?

— Eso ya es menos seguro.

Santiago se detuvo bruscamente, tomó el brazo del Comandante y le dijo con voz entrecortada :

— ¿Qué pretende usted decir? Explíquese con claridad.

— ¡Pobre joven, gritó el viejo militar, emocionado por la angustia de su sobrino, ¡cómo te has dejado atrapar! ¿Cómo no me lo confesaste antes?

— Aunque sea tarde, ¡qué importa! Si la señora de Descharmais ha abusado de mi confianza, no la volveré á ver nunca : sufriré; pero no me casaré con una persona indigna de mí y de los míos; mientras tanto, necesito pruebas — ¿me oye usted, tío? — pero pruebas indiscutibles.

— ¡Eh! pues voy á comunicarte lo que sé, y puedes estar seguro que si algo más averiguo, te lo contaré también.

Y en tanto que el sobrino temblaba de dolor y de cólera, le refirió todo cuanto La Brède había sabido por el notario de Carentan. Como todos los caracteres débiles, Santiago se encolerizaba muy pronto, y el tío aguardaba á verlo colérico fulminar y deshacerse en violentas invectivas, sin moverse siquiera. Con una tranquilidad terrible escuchaba las dolorosas confidencias sin decir una palabra, hasta que Santiago concluyó dándole las

gracias más sinceras por haberlo informado tan bien y tan pronto.

— ¿Pero cuáles son tus intenciones? le preguntó el tío un poco temeroso.

— Aun no he determinado lo que he de hacer, respondió Santiago con un aire preocupado.

— Imagino que no vas á dejarte arrastrar por cualquiera calaverada... No olvides que estás en relaciones con una mujer peligrosa; y si yo me hallara en tu lugar, le escribiría dos palabras de despedida, para no volverla á ver más...

— ¿Qué teme usted, pues? respondió Santiago. Usted no pensará que voy á representar una escena dramática con un puñal en la mano; no, tío, ya pasó esa época. Ya verá la señora de Descharmais; yo hablaré con ella; pero esté usted seguro que todo terminará correctamente.

— ¡Bueno! Desde el momento que me lo prometes...

— Duerma tranquilo.

— Ahora, buenas noches, mi querido; estoy satisfecho de encontrarte juicioso. Ve mañana á contarme la entrevista.

— Sin falta ninguna.

Así se separaron. Santiago fué á acostarse, pero

pasó una noche de perros, maldiciendo á las pícaras que se dan la apariencia de mujeres honradas, y á las diez de la mañana se levantó de mal talante y estropeado. Se vistió, almorzó, y las dos de la tarde serían cuando se presentó en casa de la señora de Descharmais. Introducido en el salón, donde había pasado tantas horas inolvidables, sintióse rápidamente dominado por la cólera y vió por tierra todas las juiciosas resoluciones que había tomado por el camino. Lo brutal de su decepción se le presentaba con claridad meridiana, y cerca de esa mujer que había juzgado cándida y leal, y ahora descubría perversa y falsa, sentía con más crueldad el dolor de no poder amarla.

En el mismo momento se presentó ella, la mano tendida y la sonrisa en los labios. No esperaba ciertamente que hubiera modificación ninguna en los sentimientos del joven, porque le habló con la mayor ternura sin parecer apercibirse de cuanto había de contrariedad y de amargura en la actitud de Santiago; pero al cabo de algunos instantes lo examinó con ojos inquietos y le preguntó tomándole una mano:

— ¿Qué es lo que tiene usted hoy? ¿Está usted enfermo? Usted no tiene su fisonomía habitual.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

¿Será que ha tenido usted disgustos con su familia por causa mía?

— No, Ana, nadie me ha disgustado, y nuestras incertidumbres van á concluir; pero es preciso ante todo que tenga usted la bondad de prestarse á algunas formalidades que son indispensables...

— Diga en seguida cuáles son, interrumpió la joven, y me apresuraré á satisfacerlas...

— Pues bien, el notario de mi madre reclama, para examinarlos, los documentos siguientes: su contrato de matrimonio con el señor de Descharmais, su acta de matrimonio, y el acta por la cual su marido le ha dejado á usted toda su fortuna...

Ana bajó un poco la cabeza, sus párpados se conmovieron, sus labios se descoloraron, pero no perdió nada de su sangre fría, y con una calma imperturbable respondió:

— El acta de donación está aquí, y se la puedo entregar hoy mismo... El acta de matrimonio... es preciso pedirla y esperar que venga de Carentan...

— ¿Quiere usted confiarme esa acta de donación? preguntó Santiago con voz entrecortada.

Ella lo miró con ternura, movió la cabeza como si se preguntara lo que iba á hacer, después tomó

su resolución y dirigiéndose á su alcoba desapareció. Por la puerta entreabierta Santiago la oyó abrir gavetas y revolver papeles; después regresó con un cuaderno que le entregó diciendo:

— He aquí, amigo mío, lo que usted reclama...

Él no tuvo la paciencia de esperar para leer el documento, á no hallarse en presencia de la joven, sino que abriéndolo con mano temblorosa fué en seguida á ver las calificaciones, y leyó:

« Entre el Barón Héctor Descharmais, rentista, y la señorita María Ana Avril... » Interrumpió la lectura, volviendo un instante sobre las palabras « señorita María Ana Avril... » ¿ Por qué « señorita »?...

— Porque la donación fué anterior al matrimonio, cuando yo era todavía señorita.

— ¿ Por qué esta donación no fué simplemente estipulada en el contrato matrimonial?

Ana fijó en Santiago unos ojos que hubieran enternecido á un verdugo, pero hallaron al joven insensible como el mármol, y entonces le respondió lentamente, como escogiendo las palabras:

— Pero, mientras hago memoria... es porque...

— ¡ No mienta usted Ana! gritó Santiago fuera de sí.

— ¡Mentir! yo ¡y á usted! replicó la viuda atemorizada.

— ¡Sí, usted á mí! Como no ha cesado usted de hacerlo desde que la conozco. Todo lo que usted me contó en Granville, es mentira! Todo lo que usted ha fingido hacer despues que usted partió, mentira! Su actitud, su fisonomía, su situación, su nombre, todo no es más que mentira! Y yo la creí, yo!... Yo creía que usted era la señora de Descharmais, una mujer honrada, sencilla, buena, tierna, y ha sido necesario que brutalmente se me lance á la cara lo bochornoso de su pasado, el sucio origen de su fortuna, la audaz usurpación de su nombre, para que me dé cuenta de mi tontería y de su duplicidad!

Las últimas palabras concluyeron en un gemido terrible. Santiago, sentado, la frente baja, rehuyendo sus miradas de la mujer que adoraba, no quería verla humillada, y sin embargo, no podía resistir al furor que lo arrastraba á insultarla. Así oyó que ella le gritaba con desesperación:

— ¡Oh, Santiago, no crea á esos que tienen interés en perderme!...

Éste se levantó con violencia:

— ¿Quién, pues? ¿mi madre? ¿mis parientes? ¿se atreve usted á acusarlos?

Ella se lanzó hacia él rodeándolo entre sus brazos y envolviéndolo en el perfume embriagador que emanaba: con la cabeza sobre el hombro de Santiago y las facciones alternadas, parecía más bella que nunca.

— ¡Oh, perdóname! ¡Es verdad, soy culpable, te he engañado!... Pero ha sido porque te amo con locura!... No he tenido más que una idea desde que te conocí, y esa ha sido la de ligarte á mí para siempre! Ha sido un absurdo, lo veo bien: las mujeres de mi clase un pueden abusar de ustedes mucho tiempo, ni menos forzar la entrada en las familias, tan bien defendidas por las leyes... Desde el primer minuto de discusión seria, todo mi castillo de naipes ha venido por tierra... Ya sabía yo que no podría conseguir nada, pero he esperado contra la razón misma. ¿Qué? Que quizás me amarías bastante para pasar por encima de las irregularidades de mi situación... Sé que te ofendo al hacerte esta confesión... ¡pero te amo tanto! ¡Oh, Santiago mío, si tuvieras suficiente confianza en mí para no creer que te daré nunca motivo para arrepentirte!... Yo viviría á tus pies, te sería

reconocida, te lo debería todo, serías todo para mí!... Yo tengo mis excusas! Cuando me encontraba tan desgraciada, tan pobre, tan abandonada, cuando ese miserable Descharmais...

— ¡Cállese usted! gritó Santiago con furor. ¡Nunca más pronuncie usted ese nombre delante de mí!... ¡Un viejo!... ¡Miserable! ¿Qué tenía él para seducirte, joven y encantadora?... ¿Su dinero?... ¡Te has vendido vergonzosamente! ¡Y tienes todavía ese dinero!... ¡He aquí sobre lo que quieres que yo pase!... ¿Y es por una ignominia tal por lo que reclamas mi indulgencia!... ¡Calla! Déjame, no me toques, no me hables más; ¡me produces asco!...

Ella se separó de él como anonadada, y sentándose á tres pasos lloró silenciosamente, con verdaderas lágrimas y dolor profundo. En este momento Ana era sincera: no había dicho nada que no fuera la verdad. Amaba á Santiago, y por un exceso de ternura lo había engañado. Al cabo de unos instantes le preguntó:

— ¿Quieres que se lo dé todo á los pobres?

Él le respondió con dureza:

— ¿Qué tengo yo que ver con eso? ¡Nosotros vamos á separarnos para siempre!...

— ¿Qué dices, Santiago? le preguntó Ana rompiendo á llorar nuevamente; ¿para siempre? ¿ya no me amas, pues? ¡Cómo, podrás vivir sin volverme á ver jamás!

Prévinquières guardó silencio, y la joven continuó:

— Estoy más enamorada que tú, porque me siento dispuesta á hacer todos los sacrificios. ¿Qué es lo que quieres de mí?... ¿Mi amor? Te lo doy sin condición... No me aceptas como esposa: ¿me quieres como querida? Sea; consentiré en todo, por tal de que no te separes de mí para siempre! Yo había aspirado á elevarme un tanto, á conquistar un poco de consideración; pero desde este instante renunció á todo por ti... ¿Aceptas ahora?

Santiago se levantó, tomó su sombrero, le pasó la mano maquinalmente, y con la frente baja contestó:

— No quiero nada de usted. Entonces la joven, dirigiéndose á él con aire sonriente y los ojos brillantes, le puso las manos sobre los hombros y con acento provocante y tentador, que hizo que Prévinquières temblara de deseo, le interrogó:

— ¿Á mí tampoco me quieres?

Mas como se mantuviera firme con todo su valor, la joven lo atrajo más hacia sí y Santiago sintió sobre el pecho la garganta palpitante de Ana y junto á sus labios la entreabierta y ardorosa boca de aquélla : un torrente de irresistible voluptuosidad lo invadió, turbóse su mirada, su sangre circuló aceleradamente, y lanzando un grito de rabia tomó entre sus convulsos brazos á la medio desmayada joven y la condujo á su alcoba.

.

Cuando dos horas más tarde salía de casa de la señora de Descharmais, estaba completamente desilusionado : la satisfacción de sus sentidos le había dado la frialdad del mármol, y mientras caminaba por la calle se decía con amargura :

— Esta mujer es más fuerte que yo, y sin duda que me hará cometer todas las indignidades de la tierra, si no corto á tiempo estas relaciones... Quería dejarla, y ha encontrado el modo de entregarse á mí... Bajo estas apariencias de pasión no hay otra cosa que cálculo. Es una taimada de la mejor especie, y es necesario que me libre de ella como del fuego... En suma, ¡qué! no soy el primero, y quizás tampoco el segundo! Cierto es

que ha estado muy amable conmigo, y eso bien merece un regalo ; he aquí todo...

Llegó á la calle de la Paz, entró en una joyería, escogió un hermoso brazalete, y con una ingratitud feroz escribió con lapiz sobre una tarjeta las palabras siguientes :

« Recuerdo de una hora de locura. »

Colocó la tarjeta dentro del estuche, que hizo envolver á su vista, y con la conciencia aligerada ya, envió el regalo á la señora de Descharmais. Comió en casa de su tío, á quien contó la ruptura, aunque no la parte de la peripecia voluptuosa : el Comandante aprobó muy complacido la conducta de su sobrino, y éste regresó á su casa bastante tarde y muy fatigado.

Por la mañana el criado le llevó la correspondencia, y entre los periódicos saltó á sus ojos una pequeña carta, que abrió con mano febril y leyó :

« Mi querido Santiago :

» Déjeme usted la alegría de pensar que el placer que parece haber experimentado junto á mí, yo se lo he dado y no vendido. La riqueza del regalo que usted me ha enviado me produciría gran pena, si alguna cosa de su parte pudiera

disgustarme. Su brazaletes ha sido devuelto á la joyería; mas como deseo conservar un recuerdo de usted, entre en la primera florería que encuentre, compre un pequeño ramillete de violetas, tenga como última bondad la de besarlo, y ese presente será el más precioso que pueda recibir de usted.

— » ¡Adiós, Santiago mío! Puesto que no quieres ver todo el amor desinteresado que existe en mi corazón, yo parto y no escucharás hablar más de mí.

» Ana. »

Cuando leyó la carta Santiago sintió una ligera impaciencia nerviosa: encontraba que la señora de Descharmais tenía la ventaja sobre él, y dió abrigo á la sospecha de que acababa de despreciar una afección sincera. Ese mismo día compró un ramillete de violetas de dos sueldos, lo besó y lo envió como se le había pedido. Después se esforzó por olvidar á la viuda, y en el curso del invierno contrajo matrimonio con Elena.

III

De las siete á las nueve Santiago se asomó más de cien veces á la ventana para ver por la calle si llegaba su mujer.

El criado, que había ido á la portería con orden de vigilar la llegada de algún comisionado ó de algún empleado del telégrafo, á fin de subir sin pérdida de tiempo la carta ó despacho explicatorio, había esparcido la alarma por toda la casa, y los criados de los diferentes pisos comenzaron á agitarse en conjeturas y comentarios. La extrañeza de Prévinquières, en un principio mezclada de irritación contra Elena por el retardo, comenzaba á trocarse en azoramiento. Ya no se decía: — « Ahora cuando entre le voy á echar un buen sermón, porque es indisciplinable eso de olvidar la hora y no pensar que los demás entran en cui-